

EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

Solidariamente responsable.
LA SOCIEDAD.

San José, 26 de Noviembre de 1890.

ADMINISTRADOR.
F. S. CAMACHO.

CONDICIONES.

12 Números \$ 1-00
Número suelto 0-10
Avisos y remitidos á precios convenciona-
les.
Comunicados de interes general GRATIS.

El Obrero.

EL OBOLO DE LOS OBREROS.

(Colaboración.)

El tan simpático diario de la Empresa Tipográfica ha lanzado en estos días ideas y pensamientos merecedores del más sincero aplauso, aplauso que sin vacilar le dedicó "La República" y que á medias confirmó "El Heraldó."

La asociación de la prensa, la desaparición del cobarde anónimo; la uniformidad en la cultura del lenguaje sin abdicar en nada las ideas sustentadas por el que escriba, son una de las más bellas bases del periodismo de buena fé. Fuera de este programa no puede haber honradez completa.

"El Obrero," en medio de su humildad, se adhiere por completo á lo propuesto por "La Prensa Libre," contribuyendo con su óbolo á la tarea regeneradora que se inicia.

En cuanto al establecimiento de una Academia de Historia y Geografía, con prescindencia completa del Gobierno, es materialmente imposible establecerla de una manera sólida y estable.

"El Heraldó" parece temeroso de esa participación del Gobierno como si temiese que ella tornase en *Rodriguista* al basalto.

Sin el apoyo moral y material del Gobierno, un país como el nuestro no podría tener tales Academias. Aun cuando el patriotismo de algunos llegase hasta lo inverosímil, los gastos serían superiores á cualquiera iniciativa puramente particular.

Si en Inglaterra, Francia ó Alemania las instituciones de este género rayan á tan gran altura es por la multitud de circunstancias favorables que á su engrandecimiento contribuyen y de las que nosotros carecemos por completo.

Aquí, apenas habría media docena de ciudadanos que no bostezaran solamente al oír hablar de Geografía y que no hecharan á correr presas de terror pánico si se les designase para una exploración

de más de ocho días, máxime si dicha exploración sólo alcanzase por recompensa bendiciones al patriotismo, bonitos párrafos en los periódicos y otras monedas por el estilo.

Dejémonos de utopías. Querer prescindir del Gobierno para establecer Academia de Historia y Geografía, es sencillamente imposible, es lo mismo que pensar en levantar la carta geográfica del país con \$ 4500-00.

En esto si que entiende el señor Villavicencio, aunque nosotros sin que se nos tome por atrevidos, lo encontramos un tanto exajerado.

No por los cálculos que hace, sino porque para hacerlos no toma en cuenta varias circunstancias que no tiene obligación de conocer.

Hay en Costa Rica un hombre que posee tantos datos geográficos y topográficos perfectamente comprobados, que puede abreviar muchísimo el levantamiento del mapa, ese hombre humilde, sabio é infatigable es el Ingeniero don J. Ricardo Alpízar.

Hay también muchas otras personas honradas é inteligentes que poseen levantamientos muy exactos de distintas secciones del país y que lo conocen más ó menos, lo cual sería grandísima ventaja para encomendarles partes del gran trabajo y que por lo mismo que son prácticos y conocedores habría con ellos grandísimas economías.

Ya es tiempo, en efecto, que el Gobierno pieuse seriamente en el asunto. La iniciativa particular no puede hacerlo y aunque esta sería la más apropósito para esta clase de instituciones, en nuestro país no surtiría ningún buen efecto. Ojalá estemos equivocados.

Y, como decíamos en nuestro número anterior, vergüencilla nos dá á nosotros mismos, mirar nuestros mapas, hechos puramente á tanteo y situando la mayor parte de los ríos, montes llanuras y aún las mismas poblaciones á *ojo de buen Cubero*, ó lo que es peor, en los sitios opuestos á los que deberían ocupar.

Con muchísimo gusto terminaremos estas mal trazadas líneas, honrándonos con repetir un párrafo de "La República" que hacemos nuestro de todo corazón:

"Unimos, pues, nuestra voz á la del señor Serrano, para pedir al Gobierno que funde, no una sociedad de geografía é historia sino una Academia Científico-literaria,

que tenga por fin principal escribir la historia y la geografía del país y levantar el mapa de éste, sin que descuidara por eso las demás funciones propias de esta clase de Corporaciones."

Colaboración.

EL OBRERO.

II.

Continuamos hoy con la tarea que nos impusimos al escribir la primera parte de nuestro humilde trabajo y no lo dejaremos mientras no hayamos siquiera apuntado algunas de las observaciones que en bien de la clase obrera haremos á pesar de nuestros escasos conocimientos y pocos años de vida. A ello nos lleva un fin noble. Con-

sagrados como estamos á la educación de la juventud, y de acuerdo con la opinión bien significativa de pedagogos admirados por el mundo entero, siempre hemos creído que la escuela debe tender más á hacer hombres buenos que sabios. Esa idea expuesta por Jeon P. Wickersham, H. Spencer, Alexandre Martin, Pedro de Alcántara García, en sus respectivas obras: Métodos de Enseñanza, Educación Moral, L'education du caractère; París 1877, y El Carácter por el ilustre nombre de los últimos pedagogos citados, es la que está en boga en el mundo de los niños. La escuela moderna está llamada á cimentar el porvenir de las sociedades; pero para ello se necesita que ese centro que llamamos templo de Minerva pase á ser el verdadero y no el zanjizami antiguo que todavía asoma su descarnada faz. Otro factor para ello es el maestro de escuela. Ese modesto artista como le llama el poeta francés, ese labrador incansable recompensado generalmente con ingratitud, es de todo punto necesario. Desde Sócrates á Jesucristo: de Jesucristo acá, y antes de Sócrates, hubo filósofos que predicaron la moralidad, basada en las teorías modernas. Y esas teorías hasta hoy comienzan á hacer sentir sus efectos. Los países que saben apreciar en su verdadero valor el mérito de la instrucción popular, han visto que es el único medio de levantar su nombre á la altura de las naciones civilizadas. Han comprendido también (y es lo que no

comprenden algunos aún) que si el domine aquel de calzones rayados y camisa de algodón, que con la fécula en la mano se paseaba todo el día por la sala de la escuela aterrizando con su mirada de ogro ha desaparecido, es para ser reemplazado con ventaja. Las declamaciones que cada día se oyen en favor del maestro, empalagan. Soldado del progreso, palanca de las naciones, mártir de la civilización y tantas palabras huecas por el estilo, nada significan cuando todavía no se comprende su importancia.— Todo es humo como dijo San Pablo. Y en efecto, así es. A nosotros los latinos americanos nos falta mucho la táctica positiva. Carecemos de perseverancia y no tenemos la perspicacia del yankee ó del sajón.

Nuestra clase obrera carece de conocimientos tan importantes á ella como la luz y el calor á las plantas.

Tocamos nosotros en nuestro artículo más de cerca la parte moral y entramos ahora á analizar la influencia que la moralidad ejerce en las diferentes clases sociales y su importancia considerable en los obreros. Nadie ignora que para hacer frente á las pasiones y no desbordarse en los precipicios que ellas nos proporcionan se necesita tener un espíritu moral cultivado y una sana reflexión. Tales condiciones sólo se adquieren mediante la educación. En un informe publicado por el Dr. Mansfield y de otros correrpondientes á algunos de los estados de América del Norte en que se hace notar la relación entre la educación y el crimen se encuentran conclusiones sacadas de acuerdo con la estadística del país. Mansfield después de investigar minuciosamente concluye por deducir: 1º—Que un tercio del total de criminales pertenece á las clases absolutamente ineducadas y las cuatro quintas partes á las prácticamente ineducadas. 2º—Que la proporción de criminales de clases iliteratas, es cuando menos diez veces mayor que la de los que tienen alguna educación.

Mr. H. White en su ensayo sobre la Educación y el Crimen dice refiriéndose á la ciudad de Nueva York, que entre los iliteratos se comete un crimen por cada tres personas y entre los no iliteratos un crimen por cada veintisiete personas; ó más claro, que entre los que no saben leer ni escribir son mayores las probabilidades de cometer